Estudiar en México D.F.

Stéphanie Panichelli

A finales del año 1999, tuve la oportunidad de estudiar algunos meses en México D.F. Hay que saber que la capital de México es una de las ciudades más grandes del mundo y que cuenta con más de dos veces la población de toda Bélgica. Cuando recibí la gran noticia de que había obtenido la beca de la Interfacultaire Raad voor Ontwikkelingsamenwerking del VLIR para estudiar en este país centroamericano, estaba en España. El año pasado, cumplí mi primera licenciatura de lenguas románicas en la universidad de una de las ciudades más bonitas de Andalucía: Granada. Cuando volví para las fiestas de Navidades, la profesora Nadia Lie me habló de estas becas y hicimos todo lo posible para arreglar todos los papeles antes de que me fuera. Tres meses más tarde supe que a principios del año académico siguiente iba a despegar para América Latina.

Esta posibilidad de estudiar en un país subdesarrollado iba a ser también mi primera experiencia en un país latinoamericano. Ya había podido notar algunas diferencias culturales en España como la impuntualidad de los españoles, la mentalidad un tanto conservadora, por lo menos en comparación con la nuestra (sobre todo en el Sur), la comida típica, … así como también, la tecnología menos desarrollada (el internet, por ejemplo, acaba de imponerse en la universidad aunque es todavía utilizado sobre todo por los estudiantes Erasmus). Sin embargo, no resultó tan difícil adaptarme porque las diferencias tampoco eran tan grandes. Sin duda la estancia en Granada fue para mi una experiencia inolvidable.

Cuando recibí la noticia de que mi solicitud de beca había sido aceptada, no me lo podía creer. Ya sabía muchas cosas sobre América Latina ya que escribo mi tesina sobre *los vínculos de Gabriel García Márquez con la Revolución Cubana* . Es un tema que trata sobre todo de los vínculos de la "inteligentsia" latinoamericana con la primera revolución socialista de este continente. García Márquez resulta ser un personaje que llama la atención por su postura distinta de la de la mayoría de los intelectuales, es decir por su apoyo constante a Castro y a su Revolución. Mi estancia en México iba a ser sobre todo una estancia de investigación. Ya había encontrado muchísima información en las bibliotecas de Granada y de Madrid pero siendo un tema típicamente latinoamericano, una estancia allá era una oportunidad que no se podía dejar pasar. Sin embargo, tenía también un poco miedo; miedo a una decepción después de una experiencia tan buena en España pero también miedo a ese gran continente del cual suponía que las diferencias de cultura iban a ser aún más grandes que las con las cuales había vivido ya en España.

Así pues, a mediados de septiembre, mi avión despegó rumbo a México. La primera semana resultó bastante difícil para mí. Todavía no conocía a nadie de Bélgica y, se diga lo que se diga, siempre está bien tener a alguien de su propia cultura cuando uno está lejos. Así que tenía algunas dificultades para adaptarme al principio, lo que no fue el caso en España que a pesar de su características distintas sigue siendo un país europeo, y eso no se puede olvidar porque ahí reside la diferencia.

Lo que más me impresionó al principio fue la grandeza del D.F.. Cuando no hay mucho tráfico, se necesita más de una hora para atravesarlo del norte al sur. Me sentía totalmente perdida en esta enorme ciudad. Por suerte, después de algunos días, entendí el sistema del metro así como él de los peseros (autobuses locales) de modo que la capital mexicana poco a poco se hacía más pequeña para mí. Aunque se necesitaba cada vez al menos una hora de metro para llegar a cualquier lugar, ya no me parecía imposible ir a donde quería.

Otra cosa que también me sorprendió mucho al principio fue las diferencias en el idioma. Podría aclararlo con una pequeña anécdota que me ocurrió el primer día. Gaby (la persona con quien viví durante mis dos meses en el D.F. y que se convirtió en muy buena amiga mía) vino a recogerme en el aeropuerto. A lo largo del viaje hasta su casa, estuvimos "platicando" (como se dice en México) un poco y le pregunté cuánto costaba un (teléfono) "móvil" (como se dice en España). Ella me contestó que los más baratos eran los "Volkswagen". Como no la conocía todavía, no me atreví a decirle que eso no era lo que quería saber pero luego, tuvimos que reír mucho por esta anécdota. Claro, para ella un "móvil" era un coche, "un carro" en términos latinos y un "móvil" español resultó llamarse un "celular". Así pues, también me di cuenta de la gran influencia del inglés por causa de la cercanía de los Estados Unidos. Los "sellos" españoles son "estampillas" en México, palabra en la cual se reconoce la palabra inglesa "stamps".

Lo que tampoco facilitaba mi adaptación aquellos primeros días fue que, a parte de los turistas y los pocos europeos que viven allá, no había blancos. Además la diferencia no reside sólo en el color de la piel o del pelo sino en todo. Son mucho más pequeños, tienen la corpulencia totalmente distinta de la nuestra, etc. Y lo peor es que para los mexicanos, los blancos seamos los turistas, es decir somos americanos que tienen mucho dinero. Así pues, la imagen que tienen de nosotros no siempre es muy positiva. Nos miran como extranjeros y eso no me resultó siempre fácil aceptarlo. De este modo, me di cuenta de lo que es "ser extranjero" para la gente que vive en mi propio país. Lastimosamente muchas veces no dejamos de mirarlos con ojos de reproche de "¿qué hacen aquí?". Este aspecto cambió mucho mi manera de ver las cosas.

Otra cosa que llamó mucho mi atención fue la población imensa de México lo cual podía observar en los atascos interminables y en los metros constantemente llenos. Aunque llegara otro metro cada minuto, siempre estaba lleno.

Para volver ahora sobre mis planes de estudios en México. Como ya lo mencioné más arriba, la meta principal de esta estancia era sobre todo aprovechar las investigaciones para mi tesina y encontrar los documentos que no había podido encontrar en España. Cómo lo explicó Nathalie, tuvimos muy mala suerte con la situación de la Universidad Autónoma que estaba de huelga desde hacía ya más de seis meses. Y, desafortunadamente, las cosas no parecían estar a punto de arreglarse. La solución fue seguir clases en el Centro para Extranjeros (CEPE) pero en cuanto a las bibliotecas, tuvimos que limitarnos a las pocas que estaban abiertas como el "Colegio de México" o el "Instituto Maura". Lo peor para nosotras fue que no pudimos conocer la UNAM en su estado normal. También nos limitó para encontrar jóvenes estudiantes. Sin embargo, resultó interesante vivir esta situación de huelga que es algo tan extraño para nosotros. Gracias a la ayuda de algunos profesores, logré encontrar toda la información que buscaba y aún más de lo que había esperado. Algunos especialistas en la Revolución Cubana me asesoraron también en mis investigaciones y me ayudaron en entender mejor la situación de esta isla tan cercana a México. También logré encontrar varios libros muy interesantes en las tiendas de libros de segunda mano cerca del Zócalo.

Cómo las clases en el CEPE sólo empezaban a principios de octubre, Ewy, una compañera de mi año (que también se convirtió en una muy buena amiga mía), y yo decidimos irnos algunos días para conocer este país y su cultura. Así viajamos por México y también conocimos al país vecino Guatemala. Pasamos por el Chiapas, el Yucatán y la costa caribeña. Luego, nos quedamos algunos días en ese país tan bonito que es Guatemala. Este viaje nos permitió conocer mucho mejor tanto las culturas mayas y aztecas como a las poblaciones típicas de los pueblos de México y de Guatemala. Fue una experiencia inolvidable para las dos y además fortaleció nuestra amistad.

Al volver en el D.F., empezamos las clases en el CEPE y seguimos con nuestras investigaciones en las bibliotecas, descansando los domingos en el Parque de Chapultepec o en los barrios tan agradables de Xochimilco o de Coyacán.

A principios de noviembre, también vivimos algo muy impresionante, a saber el día de los muertos. Los mexicanos lo celebran de una manera totalmente diferente del nuestro. Se quedan toda la noche al lado de la tumba de sus muertos adonde se han llevado café, cosas de comer, etc. y donde han encendido un fuego para no sufrir el frío. Los cementerios son verdaderas maravillas en ese período, llenos de estas flores naranjas típicas del día de los muertos. Esta también fue una experiencia inolvidable.

Quisiera terminar este artículo con la conclusión de que esta estancia en México no fue nada decepcionante, ni mucho menos. Cuando alguien me pregunta cuál de los dos me gustó más, España o México, le contestó que es una pregunta que no puedo contestar. Los dos fueron formidables pero tan distintos que no se pueden comparar. México me hizo conocer una cultura tan rica y tan distinta. Nos dio ganas a Ewy y a mí de conocer el resto de América Latina. Cada país tiene sus particularidades (sus lenguas, su cultura, sus bailes, …) porque claro, tampoco se puede olvidar que hizo nacer en nosotras la pasión de la música latina (merengue, salsa, etc.).

Una cosa que quisiera añadir también es que este tipo de estancias te hace encontrar a gente que nunca hubieras conocido. Ahora tenemos aquí en Bélgica un grupo de amigos de los que estaban en México con nosotras y volvemos a vernos muy a menudo. No se puede olvidar que todo eso se lo debemos agradecer a la profesora Nadia Lie sin quien, nunca se hubiera podido realizar este intercambio. La única cosa que me gustaría decir es que aconsejo ese tipo de experiencia a cualquier persona porque me aportó mucho a mí, a mi personalidad pero también a mis conocimientos lingüísticos y culturales. Me di cuenta de que hay otras culturas muy distintas y muy interesantes por su riqueza. Además, esta estancia me hizo percatar que aquí en Europa tenemos un nivel de vida muy alto, cosa que solemos olvidar demasiado a menudo.